

no fueron ellos los defensores de los aborígenes y muchas veces llegaron hasta el mismo rey para denunciar los atropellos peninsulares? En fin, suma y sigue.

Hispanoamérica del dolor recoge las figuras de Ercilla, Bello, Isabel la Católica, don Quijote, reflexiones estético-ideativas de un hombre que supo bien lo que decía porque antes de repetir o indicar esto o aquello supo documentarse, valorar, interpretar. Eyzaguirre logró, en éste y otros libros, acercarnos las dimensiones humanamente significativas de nuestro país y de nuestro continente.

Juan Antonio Massone

<https://doi.org/10.29393/At446-25MSAC10025>

MUSGO DE SOLEDAD

De Fernando González-Urizar

Editorial Aconcagua.

La publicación de *Musgo de Soledad*, poemas de Fernando González-Urizar, editados por Editorial Aconcagua, nos permite seguir el desarrollo de la poesía de este autor, la que ha logrado alcanzar entidades y expresiones de singular registro en que el rigor, fino y cuidadoso, se revela a través de signos aéreos y reales en su humana dialéctica.

Lo primero con que uno se encuentra en esta obra es con una tentativa de coger una realidad inocente, una realidad que nos muestra ciertas formas de hechizos por un lado y, por otro, las presencias de hundimientos, de escombros, a los que contemplamos como tales y a los que vemos transformarse en un mundo filoso, en un universo que conoce y desea, ardientemente, revelar lo que mantiene oculto. Estamos, pues, frente a un arte que proclama una necesidad de ser, ante la imagen de unas peregrinaciones y andanzas que procuran hallar las fibras de lo desconcertante, que se comprometen con aquellas figuras de la realidad que muestran cosas tristes, pero también con las que saben de esas tajadas de gozos que emergen felicidad que no es sino una especie de gozo padecido, algo del aura con que Rilke envuelve sus acercamientos al problema existencial que lo conmueve.

¿Pero puede padecerse el gozo, puede la alegría de llegar a ser uno mismo, de ser hombre con formas de vida y con acceso a esas formas que permiten abrir caudales por donde la exigencia de este gozo arribe a recintos en que toda explicación aparece dentro de una dinámica de la religiosidad?

En suma, parece que ésta es una de las interrogantes fundamentales que presenta esta poesía de *Musgo de Soledad*, lo que esta nueva e importante obra lírica de González-Urizar nos propone. Ya Claudel nos había advertido acerca de las implicancias del gozo en relación con ciertas leyes que habitan en despoblado, cuando decía: “definía en el secreto de mi corazón esa función doble y recíproca / con la que el hombre absorbe la vida”. Es que el poeta no es quien crea el mundo sino sólo quien lo penetra y, ocupado en este trascendente desvelo, inaugura momentos que necesita dar a conocer, mostrar las situaciones que salen, por supuesto, desde una realidad trasformada. Pero el refugio desde el cual observa las acciones del universo no es un sitio seguro: está sujeto por lo mismo a los cambios de esa existencia que mira. Por ello las razones, con ser inocentes, pagan el precio de su audacia ante el poderoso hechizo de la vida y el poeta conoce la soledad del asombro o del pasmo, como le agrada a Laín Entralgo, y, sin saber ya quien es en medio de las

aguas que lo rodean, expresa: "Ha cambiado mi ser, la eternidad / que los sueños de antaño perseguían / es un humo de inocencia que se va / como la luz de infancia por las nubes".

A través de toda la obra nos va presentando así el poeta una impresión del mundo aprehendido inserta en una zona cavilosa. La suya, como en poquísimos poetas chilenos, es una necesidad de ser sintiéndose ser, es decir: necesita vivir ciertas contradicciones que esta situación le impone, girar entre las sensaciones sin olvidar las experiencias, imponernos de su muda contemplación de una realidad que su visión hará cambiar. Lo reiteramos: es otra parte del precio que el poeta paga por el derecho a asomarse a las circunstancias únicas que la existencia oculta a la simple mirada: es la clave de la dramaticidad de su existir. De ahí que el poeta alcance, a veces, la plenitud de su existencia y que, también, pierda su paz interior precipitándose en la desazón, algo de lo que Gil de Biedma observa en determinados momentos de la poesía de Jorge Guillén, incansable buscador, como Pedro Salinas, de la esencialidad de su mundo.

Fernando González-Urizar, a partir de la segunda mitad de su obra, ha ido adelgazando la constitución lingüística de su poesía. Se trata de un fluir hacia la decantación constante para llegar a cierta iluminación sonora en *Sabiduría de la Luz*, la que se acrecienta en *Musgo de Soledad*, cuya hondura y concentración de la materia poética está planteada desde el título mismo. Es éste un adelgazamiento que procura encontrar para su poesía el detalle significativo, de devolver la justeza a la palabra, de entregarnos una poesía depurada, aséptica, una poesía cernida que no sólo se poetiza en su descubrimiento personal de la realidad sino en su decir, que alcanza maestrías de oficiante seguro de su función.

Es evidente aquí una suerte de clasicismo reactualizado que logra aciertos llamativos, armonías de palabras que dicen, además, algo por sí mismas. Una reviviscencia de los clásicos españoles, sin la beatería profanatoria de la mayoría, una cercanía noble a la llama de Virgilio. Es que el poeta ha desechado todo lo adventicio, ha ido en busca de otras vegetaciones, quiere desafiar la voluntad de su tiempo y asir la realidad con todo el peso de la tradición, tras un manifiesto esfuerzo por revitalizar la palabra poética y su sentido de individuación.

La vida que transcurre y pugna por eternizarse, es otro de los muchos filones que la poesía de González-Urizar contiene. El poeta, que está consciente de su condición humana, de la transitoriedad de su existir y su sentido del paso del tiempo, se ve sometido a un permanente trastorno. Es él quien advierte aquella fugacidad de todo lo que su mirada alcanza, de todo lo que las sensaciones le destruyen. Por ello opone, en una interpretación vivida de la existencia, la intensidad a la fugacidad: "no me importa lo breve, sí lo intenso", dice. Y si bien es verdad que todo lo que su mirada retiene de la realidad exterior subsiste en él desintegrándose, también comprueba que hay impulsos propios que consumen la verdad de su existir, estados en el que el ser se refugia para trascender, a los que quiere intensos, trastornantes, invasores.

Si la expresión del poeta es la más reveladora, la que puede mostrar las contradicciones de la vida, aquella que sostiene al hombre en sus desfallecimientos, la que socava las servidumbres y las catástrofes a las cuales el ser es arrastrado, esta particularidad de desbordamiento del lirismo auténtico, se ha dado una vez más en *Musgo de Soledad*, este revelador libro de Fernando González-Urizar. Más aún: se ha dado con una propiedad que despliega las fuerzas de vivir por encima de las

apariencias, revelando aquellas esencias de la vida que se encuentran en el desorden primero y que tratamos de rechazar cuando la realidad lo coloca ante nuestro camino.

Antonio Campaña

EL JARDIN DE GONZALO

Cuentos de *Carlos Ruiz-Tagle*.

Editorial Aconcagua, 110 páginas, 1982.

Uno de los géneros literarios más difíciles de llevar a cabo es el de índole humorística. Sin embargo, el escritor Carlos Ruiz-Tagle (1931) ha logrado, a través de sus obras publicadas, no solamente darles ese distintivo sino que, mediante él, nos entrega trozos descriptivos de innegable valor y veracidad en lo que atañe a la vida y a las costumbres chilenas. No otra cosa están demostrando sus libros "Memorias de pantalón corto", 1954; "Dicen que dicen", 1959; "Después de la campana", 1967; "La luna es para el que la trabaja", 1973; "Cortometrajes", 1974, o "Cuentos de Santiago", 1978. Entre relatos y novelas esas obras nos han ido dando, además de una muestra fiel de talento expresivo, un renovado retrato, repentino a veces, de buena parte de nuestra sociabilidad, lo que ubica al escritor Ruiz-Tagle entre los escritores que, por real naturaleza, se proyectan como la representación de una época y, en suma, como la imagen de un hombre que sabe observar lo que ocurre bajo la apariencia —irónica, en ocasiones— de los más peregrinos sucesos.

En su reciente volumen, "El jardín de Gonzalo", el escritor establece —dentro de un fondo de hermosura y delicadeza— las relaciones de un niño con su jardín. Empero, esa relación, lograda en el interior de 33 relatos, no es tan sencilla como aparentemente pudiera suponerse. Es, por encima de las propias modalidades literarias de Carlos Ruiz-Tagle, un intento de representación del mundo. Por ello, seguramente, el escritor nos dice en el prólogo de su obra, estas palabras: "... Si Gonzalo viera de nuevo su jardín, se daría cuenta de que lo llevaba adentro. Y esto es así porque la infancia misma no es un tiempo determinado sino un espacio determinado que agrandamos a voluntad...".

Relatos o cuentos como los que Carlos Ruiz-Tagle ha denominado "La tortuga", "Entrada al colegio", "El otro caracol", "Caín Sandoval" o "La bicicleta" destacan, como otros, no merced al ingenio o al don expresivo que ostentan, sino porque dentro de ellos brilla insistentemente una verdad, una claridad que han sido rescatadas de la existencia, del acontecer, pero que, al emprender ese rescate, quien lo lleva a feliz término elude caer en una simplicidad que conlleva el peligro de sumergirse en vulgaridades. Por lo mismo, a lo mejor, Ruiz-Tagle nos proponga, sin miedo: "... Entremos al jardín de Gonzalo, donde no se pone el sol...".

Esta obra, que en el fondo es la existencia limpia de un niño; que es su sueño y su realidad, su aventura y la dimensión espiritual que la anima es, acaso, uno de los libros más útiles para la niñez y para la juventud misma, y en su limpieza conceptual, se transforma en un texto que debiera servir como guía para la composición de nuestra literatura juvenil. ¿Qué más se le puede pedir a una obra, como la que comentamos? Solamente recordar trozos, palabras, como las que dicen: "... Afuera